

CIUDADES PARA LAS PERSONAS

Escenarios de vida

Isabel Sierra Navarro

Con la colaboración de: Anna Gutierrez Merin



Acerca de la Autora

Isabel Sierra Navarro

Doctora en Psicología por la Universidad Autónoma de Barcelona, especialidad en Psicología social y de la salud. Máster en Estadística aplicada a las ciencias de la Salud.

Ha sido directora de proyectos de bienestar social y salud en la Diputación de Barcelona, en las áreas de promoción de la salud, prevención en el ámbito de la salud mental y en la elaboración y gestión de sistemas de información para la salud pública local.

Docente en diversos postgrados y másters en los ámbitos social y sanitario, así como en la Federación de Municipios y Provincias, y en congresos sociales (ESPANET) y de salud pública (SESPAS).

Colabora con diferentes organizaciones en la creación y gestión de talento, constitución de redes de conocimiento y promoción de la investigación aplicada, en el ámbito del desarrollo urbano y la calidad de vida.

Acerca de la Colaboradora

Anna Gutiérrez Merin

Arquitecta Superior titulada en 2006 en la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Barcelona y Máster de Proyección Urbanística de la Fundación UPC. Actualmente cursando el Máster de Urbanismo en la UPC para la realización de la tesis doctoral.

Colaboradora en despachos de arquitectura como Joaquim Español arquitecte, MXC Arquitectes, Mateo Closa Boixeda y la Fundación Mas i Terra.

Participación activa en concursos de arquitectura y urbanismo www.underprojectlab.com en los que se combina la tarea proyectual con la investigación teórica sobre las dinámicas de la ciudad, el reciclaje del espacio urbano a favor de nuevas demandas de sostenibilidad y la puesta en valor de la identidad cultural del territorio.

PRÓLOGO

La realidad es previa a su relato académico. Los académicos, y los profesionales en general, propenden a olvidarlo. Gracias al razonamiento cartesiano y al método científico se han explicado satisfactoriamente tantas cosas que, al final, hemos confundido la explicación con lo explicado. Peor: hemos concluido que lo explicado existe gracias a la explicación. Lo cierto es que llevamos cinco o seis siglos de pensamiento tecnocientífico (menos, hilando fino), frente a milenios de cotidianidad. Incluso remontándonos a los presocráticos, el desfase temporal entre lo hecho y lo racionalizado es enorme.

Se admite que el urbanismo nace a mediados del siglo XIX. Es cierto que Cerdà enuncia el término, o cuando menos lo consagra, en su *Teoría general de la urbanización*¹, pero las primeras ciudades mesopotámicas, como Eridu, Ur o Uruk, fueron levantadas cincuenta siglos atrás sin que nadie hubiera teorizado nada. La importancia del pensamiento de Cerdà está fuera de toda duda, como lo está también la indiscutible transcendencia de los esfuerzos para ordenar conceptos en el urbanismo moderno. Sin embargo, las ciudades son anteriores a todo ello, muy anteriores.

Al explicar comprendemos y, por consiguiente, hacemos mejor. Pero se puede hacer sin explicar ni comprender, la prueba es la historia casi por entero. La novedad negativa es la explicación sin proyecto. Estamos en ello. Hay montones de modelos y de teorías sobre la ciudad y sus circunstancias, elaborados especulativamente o sesgadamente. Lo inquietante es que basándose en estas virtualidades se toman decisiones. Entre las más vistosas, están las opciones urbanísticas que atienden solo a los aspectos edilicios de la ciudad. Es el urbanismo de lo construido. Prescinde de funciones, pulsiones sociales, procesos económicos, condicionantes ambientales y opciones personales. Un urbanismo anatómico que ignora la fisiología, como si los ojos se desacoplaran de la vista. Peor que la ciudad espontánea no pensada es la ciudad pensada equivocadamente.

La realidad es que la anatomía urbana refleja la fisiología de la ciudad, un sistema que engloba estructuras y dinámicas internas que se relacionan e influyen entre sí. La ciudad es una encapsulación interactiva de la matriz ambiental (*oikos*), de la forma urbana construida (*urbs*) y de la fisiología civil (*civitas*). La interacción de esos tres elementos se traduce en el sistema urbano, basado en sus interrelaciones. Cualquier ciudad mínimamente consolidada funciona así. De ahí que su futuro pase por la transformación, la regeneración y la calidad, más que por el anómico crecimiento insostenible que en muchos casos se ha dado últimamente.

1. *Teoría general de la urbanización y aplicación de sus principios y doctrinas a la reforma y ensanche de Barcelona* (Madrid, 1867), como desarrollo de *Teoría de construcción de las ciudades aplicada al proyecto de reforma y ensanche de Barcelona* (Barcelona, 1859).

El ciudadano es el primer gestor de la ciudad y la construcción de esta ha de estar fundamentada en la satisfacción de las necesidades de la ciudadanía. De ahí se desprende la importancia de la concertación para conseguir avances significativos en la transformación urbana ya que, de otro modo, las transformaciones acaban siendo más aparentes que reales. La tecnología inteligente aplicada a las soluciones urbanas ayuda, asimismo, en la concreción de respuestas concretas y útiles, de soluciones que pueden ser adoptadas por los ciudadanos con naturalidad y benéfico impacto en el uso racional de los recursos. Creo, por ello, que sería conveniente implantar un cambio de paradigma en la gestión urbana y no seguir insistiendo en modelos de probada ineficacia. Debería recurrirse a mecanismos ecosistémicos que tuvieran en cuenta al ser humano, en primer lugar, y proyectaran soluciones y dinámicas urbanas basadas en la cultura del lugar, en las señas de identidad, en la arquitectura y en el diseño innovador. Ciudades para facilitar los nuevos modos de vida.

Por otra parte, la mejora de la ciudad debe sustentarse en la conexión de las personas con el territorio, basado en un ecosistema mixto (natural y artificial) que mantenga la relación adecuada entre sujeto y espacio, tanto construido como natural. Asimismo, debe también sustentarse en la inteligencia y la sostenibilidad –no solo económica, sino también ambiental y energética–, utilizando los mecanismos más modernos para la racionalización en el uso de los recursos urbanos (*smart economy*, modelos de gobernanza, etc.). En este sentido, el equilibrio costo/beneficio entre la concentración de la población y el consumo del suelo es fundamental para la transformación positiva del hábitat urbano.

Para planificar entornos adaptados y sostenibles es necesario partir de un pensamiento holístico, un retorno al concepto global de ciudad o barrio, que recoja los diferentes elementos de la vida en la ciudad y los trate como conjunto. Huir, por tanto, de la especialización extrema, de la visión concentrada y muy precisa, en favor de la visión amplia y social. En el ámbito de la salud, en concreto, la excesiva especialización del sector –producto de los avances científicos y técnicos– ha ido paralela a un abandono progresivo de la visión del ser humano como un todo, a una mirada epidemiológica desvinculada de la percepción de la persona, de la mirada humanista. La educación sanitaria, por ejemplo, a menudo se fundamenta en modos emanadas de los medios de información y comunicación, como un elemento de consumo como cualquier otro. En el ámbito del medio ambiente, por otro lado, confluyen intereses varios, a veces contrapuestos, en los que el valor de la ideología no siempre está presente, y que pueden revertir en acciones poco equilibradas que acaben siendo insostenibles.

Lo importante es buscar el equilibrio entre la implementación de los avances resultantes del conocimiento científico y sus posibles consecuencias negativas sobre la vida de las personas y otros seres vivos. Un equilibrio que debe basarse, de nuevo, en el análisis de costo/beneficio (sostenibilidad), pero también en una adaptación progresiva a los cambios que la sociedad y los ecosistemas demandan. Un equilibrio, también, en la relación de fuerzas entre los agentes públicos y privados que definen y desarrollan los mecanismos de poder en cada momento histórico. En definitiva, una política basada en acuerdos estables, basados en avances técnicos y científicos, que permitan un progreso a medio y largo plazo de la vida en las ciudades.

Este libro aborda esa clase de cuestiones. Es un libro de urbanismo escrito por personas que no ejercen de urbanistas. Tal vez este sea uno de sus mayores alicien-

tes. Los temas que trata no suelen ser objeto de atención urbanística. Sin embargo, el lector se percatará de su importancia urbana. Importancia para la *civitas*, naturalmente. Pero es que sin atención al *oikos* y a la *civitas*, la *urbs* no alcanza nunca la categoría de verdadera *polis*. Y sin *polis* no hay política. O sea, no hay gobierno, lo que equivale a decir que no hay ciudad.

RAMON FOLCH
Doctor en Biología, socioecólogo

INTRODUCCIÓN

Si todo debe tener un propósito, el de este libro es el de favorecer elementos para el progreso social y la calidad de vida de nuestras ciudades. No hablamos solo de las ciudades occidentales en las que hemos crecido y que proyectamos, sino en el propio concepto de ciudad, teniendo en consideración todo lo positivo y negativo que hemos construido desde el inicio de dicho concepto. Sabemos ahora dónde estamos en ese sentido y podemos y debemos reorientar algunas formas de hacer y de pensar para favorecer la creación de nuevas ciudades en países aún no del todo desarrollados, pero también para revisar las nuestras propias.

Este intento que aquí ofrecemos responde a tres factores esenciales: en primer lugar, el esfuerzo de numerosos científicos, técnicos y estrategas han ido aposentando sobre nuestras ciudades, de forma teórica en el ámbito académico o científico, y también de forma gráfica, tangible, habitable, transitable, desde la construcción y el urbanismo. En segundo lugar, al impulso que diferentes iniciativas internacionales han dado a la salud y calidad de vida en el entorno urbano, considerando este como hábitat natural de millones de personas, con tendencia a ampliarse y concentrar a la población en los próximos decenios.

Y en tercer lugar, e ineludible, gracias a la voluntad y capacidad de diálogo y comprensión de disciplinas tan alejadas inicialmente por la división de los saberes clásicos y que cada vez tienen menos temor a intercambiarse, mezclarse y auto-complementarse, sin perder ni un ápice de su especificidad. Una nueva capacidad basada más en una habilidad, una actitud abierta, que permite establecer una “conversación constructiva”, basada en una visión amplia de la realidad, un respeto al saber del otro, y una voluntad de crecer en la misma dirección. No me ha sido difícil, particularmente, encontrar personas con estas características en mi recorrido profesional, pero sí lo ha sido llegar al acuerdo de compartir una producción científica en un ambiente de confianza mutua y compromiso.

En este nuevo constructo que va tomando forma, en el que el contenido y el continente se entremezclan y conjugan, el entorno urbano ha de poder flexibilizar su esencia de lo construido y volverse más natural, más próximo a la vida, mientras que el espacio no urbano ha de poder incorporar elementos de modernidad que ofrezcan igualdad de oportunidades a sus habitantes, condiciones de desarrollo equilibradas y nuevos escenarios para la capacidad humana de impulsar el futuro.

La ciudadanía se convierte así en un agente constructor, un sujeto y no un objeto, de forma que pueda determinar su proyecto de desarrollo de la mano de los otros constructores sociales, políticos, técnicos. Si bien es cierto que el dominio de unos sobre otros ha sido la condición común a lo largo de la historia, también podemos preguntarnos si una ciudadanía madura podría definir y ocupar el espacio de forma proactiva y basada en sus necesidades en lugar de tener que adecuarse a él, en el mejor de los casos.

Esta obra, pues, que tiene ese propósito, que se fundamenta en estas premisas y que ha sido posible cuando las tendencias mundiales apuntan hacia el mismo objetivo, nos gustaría que sirviese de acicate para continuar construyendo hábitats humanos que preserven las condiciones que desde siempre han sido necesarias y poco a poco se han ido relegando a un segundo plano. Que lo hagan desde la conciencia de que las ciudades constituyen una realidad compleja que debe proyectarse y gestionarse basándose en la complejidad, a riesgo de quedarse en lo superficial, en lo simple. Que las propuestas científicas y técnicas se entremezclen para enriquecerse y ofrecer productos más adaptados, más sostenibles, más eficientes.

Finalmente, también nos gustaría resaltar la necesidad de equilibrar el territorio de acuerdo a nuevas necesidades económicas y sociales, que requieren de un mundo más diverso en sus formas de vida y sistemas de producción y que solo pueden basarse en visiones amplias y a largo plazo, lejos del oportunismo, la inmediatez y la miopía social.

En el proceso de construcción de este libro, hemos encontrado a muchas personas con estas características e intuimos que existen muchas más, dispersas aún, centradas en parcelas de desarrollo, pero con una visión compartida de la globalidad, del tipo de ciudad que nos resulta más adaptable, más habitable, más saludable.

A ellas agradecemos su apoyo y orientación, y con ellas contamos para multiplicar el desarrollo de propuestas como las nuestras e ir las haciendo realidad.

ÍNDICE

Acerca de la autora.....	VII
Prólogo	IX
Introducción	XIII
Agradecimientos	XV

PRIMERA PARTE

Escenarios para la vida humana

1. Escenarios para la vida humana. Fundamentos teóricos	3
2. Un enfoque desde la psicología ambiental	17
3. Impactos externos para el bienestar y la salud humana.....	37

SEGUNDA PARTE

Criterios y propuestas. Casos-ejemplo

4. Marcos internacionales de actuación.....	65
5. Objetivos de salud y bienestar en la ciudad	85
6. Criterios para un urbanismo social y saludable.....	91
7. Criterios que favorecen la equidad social y de salud en las ciudades	143
8. Casos-ejemplo de buena práctica	153

TERCERA PARTE

Planificación, gobernanza y evaluación

9. Red de indicadores urbanos para la salud	191
10. Red de información urbana para la salud	217
11. La participación como estilo de gobierno	235
12. La gobernanza y la planificación.....	253
13. Evaluación orientada a la eficiencia y la equidad.....	279

CUARTA PARTE

Aportaciones y nota final

14. Aportaciones desde la experiencia	295
---	-----

PRIMERA PARTE

Escenarios para la vida humana

**Escenarios para la vida humana.
Fundamentos teóricos**

□ El hábitat humano: desde la ecología y la antropología humana

Desde la ecología

Ecología proviene de *oikos* (casa o lugar en que vivir), de la misma raíz que proviene “economía” o “ecosistema”. El primero que utilizó el término “ecología” fue Ernst Haeckel, biólogo alemán, en su estudio sobre las plantas *History of Creation* (Haeckel, 1868). A partir de esa primera alusión, se entendió la ecología como el “estudio de la relación de los organismos o de los grupos de organismos con su medio”. Este origen a partir de la biología no conlleva, sin embargo, una visión estrictamente evolutiva, con finalidad adaptativa, sino que se fija más en la interacción misma y en los mecanismos de interinfluencia entre entorno y seres vivos.

La ecología humana hizo su aparición en 1921, en la obra de R.E. Park y E.W. Burgess, *An introduction of the science of sociology*, y fue desarrollada, posteriormente, por otros autores que representaron el punto de vista “totalista”, según el cual la naturaleza está fundada en una síntesis química en constante renovación, en la que todos los elementos, todos los organismos, están en interacción constante. “El medio, la función y el organismo constituyen juntos lo que puede ser llamado la tríada biológica fundamental. Esta tríada tiene que ser estudiada como un todo completo, y este estudio es lo que se quiere decir esencialmente con la palabra ecología” (Park y Burgess, 1921).

La “interdependencia dinámica” es uno de los factores clave del concepto, en tanto que la interacción entre los elementos de un sistema se caracteriza por dos cosas: el movimiento constante y la relación recíproca y simultánea entre estos (Hawley, 1975, 1991).

Otro de los conceptos que más han ayudado a comprender el tipo de relación entre el entorno físico y los organismos vivos es la “plasticidad”, eje central de la dimensión adaptativa de la ecología. Esta característica es general para todas las formas vivientes, aunque se presenta en grados diversos según la especie y en diferentes individuos de una misma especie. La consecuencia de la plasticidad diferencia entre las adaptaciones somáticas hechas por un organismo, que revelarían la versatilidad inherente a la estructura orgánica para enfrentarse a las variaciones locales del medio, pero sin transmitirse por herencia, y las adaptaciones genéticas que son hereditarias y se mantienen entre generaciones (Jennings, 2006).

Además de esta diferenciación, es interesante la dimensión temporal de la plasticidad, de forma que es diferente a lo largo del ciclo vital de la persona. Así la capacidad adaptativa es mucho mayor en el nacimiento y los primeros años, para ir disminuyendo con la edad (Margalef, 1993). De este modo, se concluye que, en la

medida en que las personas se consolidan en sus costumbres, pierden su habilidad para adaptarse a las nuevas condiciones. En situaciones de transición (desastres naturales, repoblación...) pueden producirse mal adaptaciones al nuevo entorno en función de variables internas del grupo, como la edad de sus miembros o el grado de cohesión interna. Ogburn se refirió al efecto de los índices desiguales de cambio en la conducta humana como “retraso cultural” o *cultural lag* (Ogburn, 2000) que suele traducirse en el mantenimiento de costumbres que ya no tienen sentido en el nuevo contexto, como ocurrió con muchos pueblos primitivos en procesos de desplazamiento, así como más recientemente en nuestra sociedad, en la que la limitación del papel de la mujer en el ámbito doméstico se ha mantenido mucho más allá de la mecanización de muchas tareas e incluso de movimientos sociales de igualdad de género.

Una tercera característica interesante en relación al ser humano es la dimensión comunitaria de la adaptación al medio desde el momento en que, a pesar de ser un proceso individualizado, es compartido por el grupo de referencia, con mayor o menor sintonía. En la especie humana, en particular, la adaptación al medio no es posible en solitario, sino que requiere de un entorno colectivo para poder darse de forma efectiva. La inmadurez fisiológica del ser humano en el momento de su nacimiento facilita dos características que le son propias como especie: su inmadurez adaptativa y su mayor capacidad intelectual. La necesidad del entorno social, como ser vivo, ha requerido la consolidación de estructuras mínimas –la familia– y más extensas –la comunidad–. Se trata entonces de dos procesos que se entrecruzan y retroalimentan: la evolución y adaptación del individuo y la de la propia comunidad de referencia. Aunque esta característica no es específica del ser humano, sí se hace más relevante desde el momento en que se generan elementos culturales, como el lenguaje y las normas básicas de relación y convivencia, ya en los pueblos primitivos (Acot, 1990).

Si la adaptación es un fenómeno colectivo, además de individual, las características del entorno físico y la interacción que establece el grupo con este, son siempre específicas y concretas, y constituyen el “hábitat” particular para el grupo. A pesar de que diversos hábitats tengan características similares y puedan extraerse elementos comunes, es cierto que para cada individuo de la Tierra, su entorno particular, en el que ha nacido y crecido, tiene rasgos individualizados y vinculados, no solo a su fisonomía externa, sino también a las emociones con las que está asociado (Rueda y Terrados, 2010).

Hablar de comunidades nos lleva a otras disciplinas, como la antropología, la sociología o la psicología social. Se trata de orientaciones complementarias, en tanto que la primera analiza las bases y fundamentos del comportamiento colectivo a partir del estudio de civilizaciones anteriores, tanto desde el punto de vista cultural como físico. La psicología social, por su parte, estudia en profundidad los mecanismos de la interacción humana en los grupos y comunidades, así como en su relación con la sociedad. Se centra, de este modo, en el sujeto para analizar su relación con otros seres humanos, en los diferentes formatos de grupo: familia, grupo de compañeros, asociación, etc. La sociología, más amplia, estudia los fenómenos sociales globales, así como su impacto en colectivos. Piaget y García (1982) ya nos sitúan, en su análisis de la ciencia, en posiciones confluentes respecto a diferentes epistemologías que tienen en común la lectura global, amplia del ser humano en su mundo. Más tarde, el desarrollo de la *teoría de la complejidad* también nos ha

aportado luz en el ámbito de las ciencias humanas, al abordar la propia interrelación entre disciplinas y enfoques como elemento sustancial en el estudio del ser humano y su entorno, es decir, como característica propia y específica que requiere abordajes metodológicos cercanos a la visión global (Morin, 1994).

Desde la antropología y geografía humana

La interacción del entorno físico y ambiental con el ser humano ha sido estudiada también desde hace años por parte de la geografía y especialmente por la especialidad de *geografía humana*. Esta especialidad, que se fundamenta en la relación entre el espacio y el ser humano, tiene definidos diversos objetos de estudio: habitantes de un lugar, funciones urbanas, distribución de distritos o áreas, dinámica de los barrios, actividades que se desarrollan en el entorno público, infraestructuras y equipamientos. El objetivo de la observación es llegar a definir formas de organización social, a partir de la distribución y uso del espacio físico, ya sea en dimensiones grandes o a pequeña escala.

Esta disciplina emergió desde la Geografía cuando algunos autores como Lucien Febvre (1993) empezaron a criticar el determinismo de los métodos y planteamientos clásicos e introdujeron el discurso del posibilismo, que intenta introducir otros elementos al paradigma positivista dominante. Esta nueva orientación lleva al desarrollo del análisis de las estructuras y formas espaciales resultantes de la organización social, es decir, a la observación “a posterior” de las características espaciales derivadas de los comportamientos humanos, tanto individuales como colectivos y comunitarios. Posteriormente, se suma a esta corriente Carl Sauer (1925, 1956) que, partiendo del análisis del paisaje, indaga sobre la transformación de los paisajes naturales en los paisajes culturales, proponiendo las bases de una nueva geografía cultural. Estas serían: la reconstrucción histórica de las inercias que condicionan el paisaje, el análisis de regiones culturales homogéneas, con características similares, y los conceptos que derivan de la ecología cultural (Albert y Nogué, 1999).

El espacio urbano es entendido como la “ciencia de los lugares”, un área geométrica que permite identificar aspectos cuantitativos (superficies, líneas, nodos...) que, a partir del análisis y la categorización, permiten definir leyes y modelos (Claval, 1979). Esta concepción propicia pasar del análisis del caso particular a la construcción de modelos generales, con un método teórico-deductivo que, además de la descripción, pretende definir leyes a partir de la generalización. Con la influencia de otras disciplinas emergentes como la ecología urbana o la psicología social, la geografía humana evoluciona hacia una dimensión humanista, según la cual el “espacio o lugar” es un centro de significados, foco de la vinculación emocional de los seres humanos con los lugares en los que se desarrollan sus experiencias, un contexto para nuestras acciones y básico para la construcción de la identidad y sentido de pertenencia (García Ballesteros, 1992).

La incorporación de elementos subjetivos en el discurso de la geografía evoluciona también hacia la geografía de la percepción, que se desvincula definitivamente del positivismo para asumir planteamientos humanistas. Además es importante, desde esta perspectiva, la introducción de la dimensión temporal, en tanto que la percepción de la ciudad y también su uso, es subjetivamente diferente con el paso del tiempo, estando sujeta a elementos cambiantes del ciclo de vida humano.

A partir de esa evolución, podemos señalar algunos aspectos clave de la concepción actual. La geografía humana, según Carreras (1998), se especializaría en el estudio, análisis, descripción y explicación de todos los hechos humanos, sociales, económicos, culturales y políticos, que se producen en un entorno físico determinado: la superficie terrestre. Si bien se trata de una definición demasiado amplia a nuestro gusto, en tanto que engloba toda actividad humana, nos sirve para ilustrar uno de los planteamientos más exhaustivos de esta disciplina científica, situando al ser humano y al territorio que habita como centro neurálgico de su objeto de estudio.

Tradicionalmente, existen tres conceptos clave en el desarrollo de esta ciencia: el espacio, el territorio y el lugar. El *espacio* tiene un sentido amplio, vinculado con conceptos geométricos y físicos, un medio que se representa como ilimitado, continuo y como continente de los diferentes objetos que componen el universo humano. El *territorio*, como concepto, viene marcado por su origen etimológico (*terra*), que identifica su vinculación con la superficie terrestre y sus características, aunque nada indica que no pudiera también referirse a las superficies o subsuelo marinos. Ligado claramente al concepto de territorio está el de *paisaje*, es decir, al aspecto externo del territorio que, en la práctica y derivado de su uso, diferencia claramente entre el paisaje urbano y el rural. Derivado del concepto, ha emergido con fuerza el término de “territorialidad” que otorga características específicas a un fenómeno de cualquier índole, según sea la distribución geográfica de su ocurrencia.

El *lugar*, en último término, se refiere a una zona concreta y limitada del territorio, una unidad más pequeña, vinculada habitualmente a condiciones humanas, en cuanto a tamaño, acceso, visibilidad y ubicación.

La relación entre el ser humano y el espacio/territorio/lugar, se ha ido modificando a lo largo de siglos y años, en un sentido creciente, es decir, desde una visión más particular y concreta a una más amplia y exhaustiva. En esta evolución ha influido considerablemente la información que ha ido generando la experimentación científica y la capacidad humana de imaginar territorios de gran dimensión. Desde que se descubrieron la forma y los límites del planeta, la ciencia se ha desarrollado a partir de diferentes focos, creando un complejo conceptual formado por capas concéntricas, que van desde la relación del ser humano con los objetos más próximos hasta la comprensión de la geografía del universo.

Para el análisis geográfico de la ciudad, en los últimos años, se han ido renovando los enfoques e incorporando todas estas aportaciones, a partir de la interdisciplinariedad y conocimientos derivados de otras ciencias sociales, psicológicas y medioambientales. Esta práctica permite hoy en día analizar los procesos urbanos desde ópticas complementarias, así como definir mejores estrategias, que han de permitir la adaptación de la planificación urbana a los diferentes usos de la ciudad y a lo largo de diferentes momentos de la vida de la población. Esta perspectiva mixta facilita la comprensión de las condiciones de vida de las personas, lo que nos enlaza directamente con algunos de los determinantes del bienestar humano y la salud.

Uno de ellos, que cada vez adquiere más relevancia, es el paisaje. En ese sentido, es necesario reconocer los esfuerzos de las sociedades para ordenar el paisaje, a fin de satisfacer mejor las necesidades esenciales de los seres humanos, tanto si se refieren a su naturaleza física como a otros aspectos de tipo emocional y cultural.

Al observar cómo se han ido construyendo las viviendas en el mundo occidental, cómo se han orientado según la exposición a los elementos del clima, la naturaleza del suelo, las corrientes de agua o la vegetación, se hace evidente la búsqueda de localizaciones geográficas favorables al desarrollo de los individuos o los grupos y al disfrute de la naturaleza, en la medida de lo posible. Hay todo tipo de ejemplos, en cuanto a la posición de las viviendas, los modos de construcción y la ordenación de los parques y jardines, que muestran esta búsqueda de bienestar social y la salud que el paisaje brinda a quienes lo han modelado y/o han de usarlo. Nunca se podrá decir que la única motivación de estos planificadores del espacio, campesinos, trabajadores o comerciantes sea simplemente funcional. También ha habido siempre algo de simbólico, de estético, de afectivo, en estas inversiones que movilizan a la vez medios (financieros y técnicos), e invención y creatividad.

En efecto, como ya escribía el geógrafo Elisée Reclus en 1866, el paisaje es, sobre todo, aquello que el ser humano, en tanto que individuo, y el ser humano, en tanto que sujeto social, es capaz de reconocer en la obra común (Reclus, 1866): la satisfacción de reencontrar, en el espectáculo de la naturaleza ordenada, su propia huella, sus propias esperanzas de una vida mejor; poder descubrir en un paisaje su propio rastro: “He aquí lo que yo he contribuido a crear, por el bien de la colectividad, por mi propio bien y el de mis descendientes” (Reclus, 1866). Construir para un futuro que imaginamos mejor y plantearse una utopía posible. Es aquí, sin duda, donde radica una de las claves del bienestar individual y social: en la proyección futura. De esta manera, el bienestar se convierte en la expresión de una satisfacción espiritual, la de encontrar en el paisaje un conjunto de modelos que tienen sentido en las sociedades de un contexto geográfico común, que evocan una cultura compartida. El bienestar es lo que el individuo experimenta cuando reencuentra las raíces estéticas de su propia cultura, la que también han modelado conjuntamente, sobre todo, la literatura, la religión y la pintura. En nuestro caso, una cultura europea que nunca es idéntica a la del resto de continentes y que forma parte de la identidad de Europa.

Al mismo tiempo, los sentidos humanos y el paisaje están relacionados. El bienestar en relación al paisaje también se puede concebir como la satisfacción de que disfruta un individuo a través de las sensaciones experimentadas, es decir, mediante los sentidos. En el caso del sentido de la vista, esta relación parece evidente, y remite a la cuestión de la belleza o la fealdad: un paisaje agradable aporta una sensación satisfactoria, dado que pertenece a la categoría de los modelos paisajísticos familiares. En cambio, un paisaje que no responda a estos patrones se considera degradado o feo, y proporciona una sensación insatisfactoria. La naturaleza de este tipo de bienestar, a pesar de estar basada en los sentidos, es de orden cultural. Las transformaciones paisajísticas de los últimos decenios afectan a la vez los paisajes rurales y los urbanos, y no se han orientado, de forma genérica, al aumento del bienestar individual y social (Shoemaker, 2002). Hoy en día, por ejemplo, los paisajes rurales son el resultado de la búsqueda de la productividad: la mecanización de la producción ha supuesto la necesidad de ampliar el plano parcelario, para acomodar máquinas cada vez más grandes y potentes. Esta racionalización del espacio agrario ha provocado la desaparición de gran cantidad de márgenes arbolados, de bosques y zonas verdes que contribuían a la diversidad de los paisajes y a la biodiversidad, y también ha permitido aumentar el consumo de energía (energía fósil, claro) en la producción agrícola. Especialmente, sin em-

bargo, ha implicado una modificación del paisaje rural, dado que ha provocado la desaparición de prácticamente todo lo que remitía los modelos agrícola y bucólico, referencias tradicionales del paisaje europeo.

El interés de la población, entonces, por participar en la planificación del paisaje se convierte en una señal positiva para la mejora del bienestar, de acuerdo a los parámetros primarios de pertenencia a un contexto más natural. En este sentido, el Convenio Europeo del Paisaje, que preconiza la participación pública en los procesos de transformación de los paisajes, y en cualquier decisión que implique procedimientos de ordenación, gestión o protección, es favorable a este punto de vista y, por tanto, al desarrollo activo del bienestar social. Con este acuerdo se desarrolla, pues, una concepción innovadora del planeamiento de los paisajes, que no tiene nada que ver con la que era y, todavía hoy, sigue siendo la más habitual. La idea fundamental que inspira a los fundadores del Convenio Europeo del Paisaje se basa en la concepción de una “sociedad reflexiva”, donde el debate entre el mundo político, el ámbito científico, los expertos y la sociedad civil debe ser la regla que precede a toda decisión.

Desde un punto de vista cultural, por otro lado, los paisajes se caracterizan principalmente tanto por su diversidad cultural como por la biodiversidad de su flora y fauna, su olor, por la intensidad de la luz y los sonidos y otros muchos factores. Por muy similares que puedan parecer los paisajes, nunca son iguales. En esta época de globalización, en que prevalecen las pautas tecnológicas internacionales y las preferencias de los consumidores, la diversidad se ha convertido en una calidad poco común, y la singularidad, un valor por sí misma. Del mismo modo que los lugares geográficos son diferentes entre sí, las culturas también lo son (Benedict, 1989).

Los humanos se apropian de la naturaleza como cultura (Seeland, 1997) o, dicho de otra manera, inevitablemente dan forma a los paisajes a medida que desarrollan su propia cultura. Se trata de un proceso empírico y simbólico paralelo, a través del cual valores, percepciones y creencias encuentran sus expresiones materiales e inmateriales. Estos factores culturales se han de valorar e interpretar en el contexto de los procesos que codifican y cifran la cultura en el paisaje y que lo modelan constantemente como consecuencia de la gestión o los diversos usos. Además, las percepciones, los gustos y las preferencias individuales modifican los códigos culturales, añadiendo una nota muy personal y, en ciertos momentos, artística. Los paisajes son, pues, auténticos hábitats para las culturas que viven y conviven. Cada una de estas perspectivas culturales revela que los entornos naturales solo se pueden entender si se descifra la esencia social que representan. Por lo tanto, se necesitan códigos para leer y entender los diversos paisajes culturales del mundo, en tanto que son elementos que incluyen los entornos natural, social y construido en un proceso de modelado y remodelado constante; son configuraciones dinámicas en las que intervienen muchos intereses y que se dan en un contexto en que el poder político y el potencial económico toman relevancia, al interactuar varios agentes.

La relación es de tal modo estrecha, que podemos decir que no hay paisajes sin personas e, incluso, que no hay paisajes totalmente naturales, porque cada rincón de la Tierra ha tomado forma, directa o indirectamente, a partir de la intervención humana. Los paisajes son siempre configuraciones culturales vinculadas a los motores económicos y los cambios socioculturales con que se ha configurado el tejido social y natural, un tejido que tiene un patrón diferente y, por tanto, un valor único para cada paisaje. Desde una visión más individual, también tienen mucho que ver

con las biografías de los habitantes de una zona, sus recuerdos y lo que el área significa o ha significado en un contexto histórico o geográfico determinado (Harrison, 1992; Schama, 1995). La estética del paisaje representa los valores culturales de los habitantes de una región, así como su economía y sus instituciones políticas en un momento concreto (Sheppard, Harshaw, 2000). La valoración del paisaje es, así, un proceso emocional y una respuesta en el entorno con todos los sentidos. Plachter (1995) sostiene que no hay acuerdo a la hora de entender qué representa un determinado paisaje para cada uno. Precisamente por ello, podríamos decir que el paisaje es una realidad opaca, imposible de captar de forma neutra, dado que en un espacio grande podemos encontrar huellas de un gran número de culturas. Por un lado, refleja la diversidad social en un espacio común y, por tanto, unifica desde el punto de vista cultural. Pero también los diferentes valores y patrones estéticos sociales y culturales se hacen patentes en los rasgos distintivos del paisaje, que a su vez marcan su talante e impacto sobre las personas. Cualquier paisaje, por tanto, es una proyección sociocultural, un proceso por el cual varios fenómenos paisajísticos se comprenden desde un estilo de vida particular y un código de conducta convencional que define estos fenómenos como naturales.

¿Qué significa en la práctica la construcción cultural de un elemento físico? Este concepto, similar al del cambio social, que abarca todo el conjunto de la acción y del desarrollo social, confirma las reivindicaciones de realidad cultural procedentes de todos aquellos que participan en la vida pública y que se entiende que son representativos de su cultura. La identidad regional y los vínculos con la comunidad también están relacionados con las características del paisaje, que generan para los que residen en una serie de ventajas (más días de sol, vistas excelentes, menos ruidos, menos contaminación o niebla) o inconvenientes, según se pueda acceder a ellos o no.

La posición de privilegio de ciertos paisajes en comparación con otros se percibe así como un indicador de una buena calidad de vida, y la existencia de una clasificación socialmente valorada de cualidades del paisaje evidencia la importancia que tienen las percepciones y preferencias culturales en relación con los paisajes en el momento de planificar una realidad urbanística concreta.

La enajenación de la sociedad postindustrial en relación con la naturaleza y el paisaje tiene unos significados inherentes, que van mucho más allá de beneficios para la salud y el ocio, ya que pueden convertirse en una amenaza para la propia cultura. Una sociedad que ya no sea capaz de entender el significado de su paisaje es una sociedad que ha perdido el legado cultural y que no transmitirá ningún mensaje en este sentido a las futuras generaciones.

La asimilación y la aculturación, como conceptos antropológicos, se han producido y continuarán produciéndose, en relación a todo tipo de hábitat humano. La preservación de la diversidad cultural en un planeta globalizado es una tarea aún más delicada de lo que era en épocas anteriores, en que la comunicación entre culturas que vivían en lugares aislados era más bien escasa o esporádica. La identidad cultural constituye una distinción de los modelos de otras culturas, pero también ofrece una propuesta para las condiciones de un paraje o hábitat únicos. Cada vez más culturas pueden vivir en un mismo hábitat, aunque respondan de maneras culturalmente diferentes; ante este hecho surge la duda de qué distingue una cultura de otra, si no es su hábitat. Durante generaciones, los representantes de las ciencias ambientales han debatido y discutido esta cuestión (Milton, 1996). Este discurso

sobre qué se adapta a qué, a medio camino entre el determinismo ambiental y el cultural, para terminar haciendo converger ambos puntos de vista, nunca ha podido resolver de verdad este problema teórico. La respuesta más convincente es que cada cultura percibe, interpreta y entiende un paisaje de manera diferente. Por más que los rasgos físicos de un paisaje sean idénticos, su significado y cualidades emocionales se perciben de manera diferente según el trasfondo cultural sobre el que se reflejan, la historia que tiene asociada, las experiencias comunitarias que a él se asocian y otros factores tanto sociales como individuales. Para Joan Noguè (2011), “El paisaje es, *a la vez*, una realidad física y la representación que culturalmente nos hacemos de ella; la fisonomía externa y visible de una determinada porción de la superficie terrestre y la percepción individual y social que genera; un tangible geográfico y su interpretación intangible. Es, *a la vez*, el significante y el significado, el continente y el contenido, la realidad y la ficción”. En cualquier caso, la vinculación entre el paisaje y la emoción es indiscutible, con el efecto que eso tiene sobre el bienestar humano.

Desde otro punto de vista, el paisaje ofrece oportunidades de mejora del ser humano. Desde la arquitectura paisajística y la investigación terapéutica, se ha observado que los paisajes y jardines tienen propiedades saludables y pueden contribuir a diferentes tipos de terapia (Burnett 1997; Gerlach-Spriggs, Kaufman y Warner, 1998; Sachs, 2003; Tyson, 1998; Ulrich, 1979, 1986). La relación entre los humanos, los animales, las plantas y la forma de los entornos físicos van constituyendo, en cada caso, la estructura y la dinámica de cada hábitat, y se van consolidando mediante la incorporación de estos fenómenos naturales a su cultura (Ingold, 1986, 1992; Croll y Parkin, 1992). La interconexión entre humanos, animales y plantas es, en sí mismo, además, un factor de desarrollo de cualquier cultura, en tanto que también parte de ella la historia de la salud y la medicina a partir de elementos naturales, tanto animales como vegetales (Frazer, 1993).

De forma similar, estudios recientes hablan de las propiedades curativas de los paisajes relacionadas con las percepciones e interpretaciones culturales de su potencial de curación en casos de estrés (Grahn y Stigsdotter, 2003), síndrome de agotamiento profesional, Alzheimer y otras demencias, incapacidad y trastornos propios de la tercera edad en general. La epidemiología comparada indica que el alcance y la propagación de las enfermedades varían en función de la ubicación geográfica y están muy influenciados por el estado de progreso de una sociedad. En sociedades altamente postindustriales, donde la población está más distanciada de los estilos de vida natural y la producción primaria, la terapia basada en paisajes y jardines ha ido ganando peso en las últimas décadas. Estas terapias son útiles para las personas que buscan en el paisaje la oportunidad para relajarse, huir de los problemas diarios y recuperarse de las enfermedades, mediante el contacto y el cuidado de la naturaleza.

Desde otra mirada, la geografía humana y la antropología nos ofrecen, asimismo, importantes aproximaciones a la relación entre la persona y el espacio; aportaciones de gran utilidad para comprender los fenómenos sociales de las ciudades y orientar así las intervenciones públicas y privadas. Destacaremos dos áreas de trabajo por su relevancia respecto al objeto de esta publicación: las estrategias humanas de movilidad, por un lado, y el impacto social de las actuaciones de regeneración urbana. La vinculación de ambas con la salud y bienestar de las personas no solo se limita a aspectos genéricos o abstractos, sino que tiene líneas de conexión muy evidentes, como veremos.

Zelinsky (1997) define la geografía de la movilidad cotidiana como el estudio de los movimientos espaciales de las personas, y en ella interactúan variables territoriales y sociodemográficas. Incluye el análisis de movilidades distintas, como la cotidiana, residencial, migratoria, según elementos de frecuencia, distancia y motivo. Cuando a este estudio se añade el concepto de velocidad y de transporte, nos encontramos con la Geografía de los transportes (Miralles-Guasch, 2002), que analiza con más detalle los sistemas de transporte y sus impactos espaciales. En la actualidad la diferenciación clara entre campo y ciudad es cada vez más compleja, de forma que el espacio parece no estar circunscrito a unos límites físicos concretos, sino a “territorios funcionales”, en los que la movilidad pasa a ser un hecho diferencial de las ciudades. Se trata de uno de los retos más relevantes de finales del siglo XX y del XXI, en tanto que afecta no solo a la calidad de vida de las personas, su gestión del tiempo individual y también colectivo, sino a aspectos medioambientales de gran calado, tanto en relación a la calidad del aire como del impacto paisajístico de las infraestructuras (Seguí y Martínez, 2004) El reto se complica, además, por la complejidad de factores que se entrecruzan; para Seguí y Martínez “la movilidad manifiesta una gran dependencia de los niveles tecnológicos, organizativos y culturales de las sociedades y sus territorios”. En la actualidad está ampliamente aceptado que para planificar y definir las políticas de transporte es necesario avanzar en una nueva cultura de la movilidad que incluya el conocimiento de las dinámicas de desplazamiento de los seres humanos y de las mercancías, por diferentes vías y en usos horarios diferenciados.

También la dinámica propia de las ciudades y sus estructuras ha ido modificándose en el tiempo, con dos tendencias simultáneas y en cierto modo contradictorias: la dispersión y la centralización. La primera en relación a las zonas residenciales, especialmente, y la segunda en cuanto a los lugares de trabajo y de servicios (Capel, 2005). Las variables sociales de las personas que protagonizan los flujos también están siendo estudiadas cada vez con mayor interés. Kaufmann (2006) asocia distintos modelos de movilidad y estilos de vida según territorios urbanos, destacando las diferencias entre las ciudades que actúan como capitales, las áreas metropolitanas y los suburbios o barrios periféricos. También se han realizado aproximaciones a los hábitos de movilidad de colectivos concretos, como las mujeres, los jóvenes y las personas inmigrantes, por sus características específicas en cuanto a hábitos de vida cotidiana, disponibilidad económica y necesidades concretas (Lucas *et al.*, 2001).

Todos estos elementos que estudia la geografía humana, basados en la necesidad humana de desplazarse y relacionarse de una determinada forma con el territorio, apoyan sustancialmente las tesis sobre la influencia del entorno físico en la salud, en tres ejes principales: el acceso a oportunidades de trabajo y contacto social, que tiene un impacto directo sobre la salud humana; la planificación del espacio público y sus elementos (como las vías urbanas e interurbanas) que facilitan la práctica de la actividad física, con las consecuencias positivas que tiene sobre la salud; y la potenciación de fuentes no contaminantes de transporte que mantengan la calidad del aire, evitando los múltiples efectos que tiene sobre la salud de todos los seres vivos.

Otra línea de trabajo que se ha venido desarrollando a partir de la geografía humana y la antropología, como decíamos antes, es la estrategia seguida en la regeneración urbana de barrios o zonas deterioradas a nivel urbanístico y con un conjunto

de problemáticas económicas y sociales asociadas. Durante los años 80, muchas ciudades europeas compartían la degradación de sus centros históricos, con deficiencias en las edificaciones, excesiva densidad de población, ausencia de espacios verdes y un perfil sociodemográfico caracterizado por las personas mayores y con rentas bajas. La tendencia a la regeneración urbana ha sido, desde entonces, una de las prioridades de los países europeos (Porter y Shaw, 2009). La iniciativa emergió del Reino Unido, que encargó al arquitecto Richard Rogers y a un equipo de expertos el diseño de planes integrales que se basasen en las diferentes estrategias de la regeneración urbana para abordar, al mismo tiempo, problemas sociales y de tipo económico en las zonas más deterioradas de las ciudades. La filosofía de la “*renaissance* urbana” pretende ser “un intento de construir nuevos entornos urbanos sostenibles, basados en los principios de mezcla social, sostenibilidad, conectividad, altas densidades, facilidad de desplazamiento, y paisajes urbanos de calidad, con la vocación explícita de atraer la población industrial periférica de los sectores de conocimiento y los servicios hacia los centros urbanos” (Rogers y Coaffee, 2005). Esta estrategia integral ha sido desarrollada desde entonces en múltiples ciudades e incluso ha sido promovida desde la Unión Europea a través de programas específicos.

En la última década, sin embargo, se ha generado un debate tanto en el entorno académico como político en relación al impacto social de estos planes, una vez alcanzada la perspectiva histórica de quince o veinte años de ejecución. En este sentido, se han abierto opiniones confrontadas desde diferentes perspectivas (Carreras, 2010). Si bien el objetivo principal del “urbanismo renovado” fue desde el principio mejorar las condiciones de las áreas suburbanas para facilitar la movilidad de los colectivos que se concentraban en el centro histórico y mezclar así a la población de diferentes niveles sociales evitando la concentración de bolsas de pobreza, el análisis de la realidad después de años indica que ese fenómeno no se ha producido tal como se esperaba (Porter y Shaw, 2009). Para algunos autores como Musterd y Anderson (2005) o Smith (2005), incluso, se han conseguido efectos perversos respecto a la mejora de las condiciones de vida de toda la población del barrio, habiéndose segregado aún más a algunos colectivos que, por no poder acceder a los precios aumentados de las nuevas viviendas, se han visto obligados a desplazarse de su entorno. La correlación, así, entre mezcla social y regeneración urbana, prevista en su planteamiento original, no se prueba como cierta en todos los casos e, incluso, puede considerarse como inversa, desde el momento en que la segmentación de los colectivos a menudo aumenta (Slater, 2009; Marcuse, 2009; Hamnet, 2009).

Una de las estrategias utilizadas en los procesos de regeneración urbana es el “esponjamiento”, que implica la demolición de tejido urbano altamente deteriorado, con la finalidad de dignificar el área y regenerarla, reconstruyéndola de nuevo con otros criterios de densidad y uso. Se asimila a la microcirugía, que permite la recuperación de ese tejido. Las analogías entre la ciudad vieja y la cirugía y medicina, como metáfora, son utilizadas ampliamente en Barcelona a finales de los 90 como expresión de la renovación urbana. Las analogías médicas de carácter higienista son reconocidas en la teoría urbana moderna en las ciudades de la Europa mediterránea desde el siglo XVIII (Sánchez de Juan, 2000). Una de las consecuencias del derribo de edificios deteriorados es el realojamiento de la población que resulta afectada. Las opciones más usadas han sido básicamente tres: ocupar una vivienda rehabilitada en el mismo barrio en alquiler o propiedad, ocupar una vivienda de nueva

construcción en propiedad o alquiler o aceptar una indemnización económica. El proceso en sí conlleva a un aumento del precio del suelo y de las viviendas de la zona, lo que para algunos es una forma de regenerar no solo el espacio, sino también procurar una movilidad social que expulse a la población con menos recursos económicos, normalmente inmigrantes y personas mayores (Aramburu, 2002).

En la ciudad de Barcelona, por ejemplo, en la que se han ido aplicando planes de regeneración urbana en barrios céntricos, se ha estudiado con precisión el fenómeno de la movilidad residencial a lo largo de quince años (Tapada y Arbaci, 2011). Para estas autoras, el proceso de cambio urbano puede enmascarar prácticas basadas en beneficios económicos, de modo que se producen nuevas formas de exclusión social para aquellas personas que no pueden responder a las consecuencias económicas de la revalorización del suelo, el incremento de los alquileres y el encarecimiento de la vida en las zonas regeneradas. La discusión académica en cuanto a estos efectos afecta a la bondad de los procesos de regeneración urbana, centrándose en el desplazamiento de poblaciones con menos recursos desde las zonas regeneradas hacia otros lugares de la ciudad, como producto de una política neoliberal del cambio urbano. Para saber si los procesos de regeneración urbana son socialmente útiles, sería necesario pues, saber capturar “las poblaciones ocultas”, o aquellas que se han tenido que desplazar forzadas por las presiones del mercado. Cuantificar el volumen de afectados por este tipo de desplazamiento daría la medida del éxito o fracaso de la operación en términos de impacto social (Tapada y Arbaci, 2011).

Según el análisis realizado, se puede afirmar que, si bien el proceso de esponjamiento deriva en una disminución total de la población en un área determinada, y en una mejora del espacio urbano, se profundiza la segmentación residencial entre población de diferentes niveles socioeconómicos. La mixtura social no se produce sino que se dibujan núcleos concretos en los que habitan dos tipos de población: los nuevos ocupantes (con un perfil de clase media de alto nivel educativo) y los ocupantes tradicionales con bajos ingresos, más concentrados en menos espacio. Se ha observado, asimismo, que el esponjamiento no actúa de forma eficiente en casos de sobreocupación y/o desprivatización, que se mantienen a pesar de los cambios globales de la zona. Por tanto, no sería un instrumento eficiente por sí solo para la lucha de la segregación socioespacial. Es necesario acompañar los procesos de regeneración urbana de planes específicos de tipo social y comunitario, que promuevan la mixtura de la población y la no segmentación social.

En cuanto a uno de los colectivos afectados principalmente, la población extranjera, se ha comprobado que su incremento en los años previos a los planes de regeneración, ha derivado en un descenso selectivo (según colectivos) y ha seguido manteniendo marcadas pautas de segregación residencial. La variación de pautas de ocupación de la población extranjera es probablemente resultado de los procesos de regeneración urbana, más allá de razones endógenas y culturales de los grupos. Se muestra como evidente que los patrones de asentamiento de estos colectivos se acaban configurando en el mapa de la zona en forma de dos tipos de núcleos cerrados: el que está configurado por una nueva población mayoritariamente joven, de origen autóctono o extranjero comunitario y con estudios superiores, por un lado, y el que está ocupado por población ya existente antes del proceso de regeneración urbana, que se hiperdensifica en áreas muy localizadas, en las que ya existía predisposición a la sobreocupación residencial.

En definitiva, y para analizar los efectos sociales de los planes de regeneración urbana, sería necesario tener presente variables como: densidad, edad, nivel de instrucción, régimen de tenencia, profesión, nacionalidad y país de origen, además de la distribución territorial en el barrio o zona. A partir de estas, se pueden dibujar escenarios de mayor concentración de población envejecida, sobreocupación residencial, concentración de habitantes con más alto nivel educativo, porcentaje de alquiler *versus* propiedad, concentración de directivos/ejecutivos y desempleados y población extranjera. Este análisis, que también debería realizarse previamente a los proyectos de regeneración, serviría para actuar con mayor precisión y prospección respecto al impacto que pueden tener en la población residente, procurando que este sea mínimo en cuanto a las condiciones de vida y mantenga criterios de justicia social.

□ Bibliografía

- Acot P. *Historia de la ecología*. Madrid. Taurus. 1990.
- Aramburu M. *Ciudad. Los otros y nosotros. Imágenes del inmigrante en Ciutat Vella de Barcelona*. Madrid. Ministerio de Educación, Cultura y Deporte. 1992.
- Barrera D, Roldán D. *Territorios, espacios y sociedades: agenda de problemas y tendencias de análisis*. Rosario. UNR Editora. 2004.
- Borja J. Un futuro urbano con un corazón antiguo. *Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias sociales*. 2005; Vol. X: 584.
- Capel H. *La morfología de las ciudades. II aide facere: técnica, cultura y clase social en la construcción de edificios*. Barcelona. Ediciones del Serbal. 2005.
- Carreras C. *Geografía Humana*. Editorial de la Universitat de Barcelona. 1998
- Carreras J. El Raval: la ciudad sin puertas. *El País*, 7 Octubre. 2010.
- Castells M. Espacios públicos en la sociedad informacional. En: *Ciutat real, ciutat ideal. Significant i funció a l'espai urbà modern*. Barcelona. Centro de Cultura Contemporánea. 1998.
- Claval P. *La nueva geografía*. Barcelona. Oikos-Tau. 1979.
- Colomb C. Unpacking new labour's "Urban Renaissance" Agenda: towards a socially sustainable reurbanization of british cities? *Planning, Practice & Research*. 2007; 22 (1).
- Delgado M. *El animal público: hacia una antropología de los espacios urbanos*. Barcelona. Anagrama. 1999.
- Escribano X. *Territoris humans de la salut: societat, cultura i valors en el món sanitari*. Barcelona. Dux. 2008.
- Fernández-Ballesteros R. *Introducción a la evaluación psicológica*. Madrid. Pirámide. 1992.
- Fernández P. *El espíritu de la calle. Psicología política de la cultura cotidiana*. Barcelona. Editorial Anthopos. 2004.
- Frazer JG. *La rama dorada*. México. FCE. 1993.
- Febvre L. *Combates por la historia*. Colección Obras Maestras del pensamiento contemporáneo, 28. Barcelona. Planeta Agostini. 1993.
- Jackson P. Noves geografies culturals. *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, 34. Barcelona. Servei de Publicacions de la Universitat Autònoma de Barcelona. 1999.
- Jennings T. *Ecología*. Bogotá. Panamericana Editorial. 2006.
- Haeckel E. *History of creation*. Cambridge. Cambridge University Press. 1868.
- Hamnett C. The new Mikado? Tom Slater, gentrification and displacement. *City*. 2009; 13 (4).
- Hawley A. *Ecología humana*. Madrid. Técnos. 1975.
- Hawley A. *Teoría de la ecología humana*. Madrid. Técnos. 1991.
- Kaufmann V. Movilité, latence de mobilité et model de vie urbains. En: Bonnet y Aubertel P (eds.). *Les villes aux limites de la mobilité*. Paris. PUF. 2006.

- Lucas *et al.* *Transport, the environment and the social exclusion*. Layerthorpe. Joseph Rowntree Foundation. 2001.
- Marcuse P. From critical urban theory to the right to the city. *City*. 2009; 13 (4).
- Margalef R. *Teoría de los sistemas ecológicos*. Barcelona. Ed. Universitat de Barcelona. 1993.
- Miralles-Guasch C. *Transporte y ciudad. El binomio imperfecto*. Barcelona. Ariel. 2002.
- Morin E. *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona. Gedisa. 1994.
- Musterd S, Anderson, R. Housing mix, social mix and social opportunities. *Urban Affairs Review*. 2005; 40 (6).
- Nogué J. *Teoría y paisaje: reflexiones desde miradas interdisciplinarias*. Barcelona. U. Pompeu Fabra, Observatori del Paisatge. 2011.
- Ogburn WF. La pauta del cambio social. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*. 2000; núm. 92.
Consultable en: http://www.reis.cis.es/REISWeb/PDF/REIS_092_12.pdf
- Park RE, Burgess EW. *An introduction of the science of sociology*. Chicago. University of Chicago Press. 1921.
- Piaget J, García R. *Psicogénesis e Historia de la Ciencia*. Barcelona. Siglo XXI. 1982.
- Porter L, Shaw K. *Whose urban renaissance? An international comparison of urban regeneration strategies*. Londres. Routledge. 2009.
- Precedo A. *Ciudad y desarrollo urbano*. Madrid. Síntesis. 1996.
- Rizo M. *Conceptos para pensar lo urbano: el abordaje de la ciudad desde la identidad, el habitus y las representaciones sociales*. 2006.
En: <http://www.bifurcaciones.cl/006/Rizo.htm>
- Rogers R. *Towards a Strong Urban Renaissance. The Urban Renaissance six years on*. 2005.
En: <http://www.mendeley.com/research/towards-strong-urban-renaissance-urban-renaissance-six-years-1/#>
- Rueda S, Terrades J. *Entrevista sobre adaptación ecológica en las ciudades*. Barcelona. Fundació Caixa Catalunya. 2010.
Consultable en: <http://www.youtube.com/watch?v=Ymddim5Gbso>
- Sánchez de Juan JA. La “destrucción creadora”: el lenguaje de la reforma urbana en tres ciudades de la Europa Mediterránea a finales del siglo XIX (Marsella, Nápoles y Barcelona). *Scripta Nova. Revista electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*. 2000.
En: <http://www.ub.edu/geocrit/sn-63.htm>
- Sauer CO. *The morphology of landscape*. University of California Publications in Geography 2. 1925.
- Sauer CO. The agency of man on the earth. En: Thomas WL (ed.). *Man's role in changing the face of the earth*. Chicago. University of Chicago Press. 1956.
- Scandroglio B, López J, San José M. La teoría de la identidad social: una síntesis crítica de sus fundamentos, evidencias y controversias. *Psicothema*. 2008; vol. 20: 1.
- Segrelles JA. *Geografía humana. Fundamentos, métodos y conceptos*. Alicante. Ed. Club Universitario. Universidad de Alicante. 1998.
- Seguí JM, Martínez MR. *Geografía de los transportes*. Palma de Mallorca. Universitat de les Illes Balears. 2004.
- Slater T. Missing Marcuse: on gentrification and displacement. *City*. 2009; 13 (2).
- Smith N. *The new urban frontier: gentrification and the revanchist city*. 2a. edición. Londres. Routledge. 2005.
- Tapada T, Arbaci S. Proyectos de regeneración urbana en Barcelona contra la segregación socioespacial (1986-2009): ¿Solución o mito? *Architecture, City and Environment*, 2011; 17.
- Zárate MA, Rubio MT. *Geografía humana: sociedad, economía y territorio*. Madrid. Ed. Universitaria Ramón Areces. 2005.
- Zelinsky W. La hipótesis sobre la transición de la movilidad. *Treballs Societat Catalana de Geografia*. 1997; vol XII: 44.